

TESTIMONIOS POR LA LIBERACIÓN ANIMAL Y DE LA TIERRA

FRAGMENTOS DE LOS LIBROS
“ENCENDIENDO LA LLAMA DEL ECOLOGISMO REVOLUCIONARIO”
Y
“R-209, HABLA EL FRENTE DE LIBERACIÓN ANIMAL”



¿QUÉ TIENES ENTRE LAS MANOS?

Introducción.....	2-3
De las protestas a las resistencias.....	4-20
El rescate del laboratorio Nescot.....	20-23
La operación Biter Back.....	24-25
Cierre.....	26

ANTIANTROPOCENTRISTA

CORTA, PEGA, CREA, DIFUNDE

Blogs:

-acciondiaria.noblogs.org

-www.punkcontofu.noblogs.com

-www.acabemosconelespecismo.com

Contacto:

acciondiaria@riseup.net



INTRODUCCIÓN

Encierro, tortura, asesinato, dominación, destrucción, contaminación, explotación, sufrimiento animal, censurar lo salvaje, vidas artificiales, muerte y más muerte. Es lo que reina este mundo antropocentrista, donde la supremacía del hombre ha roto toda relación natural, para dominar y destruir todo lo que le rodea. Y todo esto por el mayor beneficio económico, por la degeneración de las comodidades y necesidades humanas, por la ambición y la falsa necesidad de poseerlo todo. La humanidad ha ido creciendo en poder y control sobre las demás especies animales y sobre la naturaleza en sí, y a la vez que su vida se iba artificianado cada vez más, ha ido adaptando todo lo que le rodea a él, rompiendo todo equilibrio y deshaciendo todos los ecosistemas, para convertir la vida en algo artificial.

Desde “Acción Diaria” editamos esta recopilación de textos de los libros “Encendiendo la llama del ecologismo revolucionario” y “R-209 Habla el Frente de Liberación Animal” porque consideramos importante remarcar que cuando hablamos de antiautorismo no lo referimos exclusivamente al ámbito humano sino a todos los tipos de dominación, creemos que el resto de animales no humanos, como individuos, deben ser respetados, al igual que la Tierra como conjunto de seres con vida, debe ser defendida.

Estos textos son la muestra de que no es una utopía, nos recuerdan que hay gente que luchó, lucha y luchará por ellxs. Pensamos que no debe ser algo ajeno a nosotrxs, que además de adoptar una dieta vegana es necesario luchar contra el especismo y antropocentrismo imperante que considera que la tierra y sus habitantes pertenecen al humano, por el mero hecho de autodenominarse poseedor de razocinio y por ello cree poder usarlos como si de objetos se trataran, extrapolando la absurda idea de la propiedad a individuos. Esta devastadora percepción nos quema día tras día, pero tenemos la esperanza de que con esfuerzo y compromiso esta realidad pueda cambiar y alcanzar así un mundo más ético.

DE LAS PROTESTAS A LA RESISTENCIA

Por Jeffrey “Free” Luers

A finales del verano de 1997, en el sur de California había tormentas por todas partes. Los meteorólogos hablaban de El Niño, y en las noticias de la noche advertían de los peligros que suponía. A mis 18 años no había visto nada igual, no en California.

Mi amiga Aspen y yo nos sentamos en la playa mientras la tormenta nos caía encima, tocamos el tambor mientras nuestras voces se elevaban en la noche. Alcanzamos a la furia de las tormentas, nos topamos con las olas cuando rompían. El crudo poder de estas fuerzas naturales nos lleno de vida.

A no más de 20 millas al norte vimos como los rayos iluminaban todo el cielo. Las ciudades de Long Beach y Seal Beach estaban siendo pasto de un tornado. El día anterior el agua había caído a chorros. Cualquiera que tuviese el mínimo sentido estaba en su casa protegiéndose de la tormenta y achicando agua.

Nosotros no, nosotros estábamos haciendo magia. Esto es para lo que Aspen vivía. La conocí recaudando dinero para el Sierra Club (1). Ella se ocupó de enseñarme como conseguir que la gente nos diese dinero, afortunadamente aprendí mucho más de ella que eso.

Fue Aspen quien me enseñó por primera vez cómo sentir el latido de la Madre Tierra y cómo situarme por encima de todo lo que conocía. Aspen era un completo espíritu libre. Cuando me enseñaba cosas era como compartir conocimientos ancestrales. No me mostró mi espiritualidad, sencillamente me enseñó como encontrarla.

La mayoría de las noches, después del trabajo, nos íbamos a tomar un te chai y hablábamos durante horas. Éramos una extraña pareja. Ella con una estética “earthy” (de la Tierra/amante de la Tierra) llevaba rastas y su apariencia era pacífica. Yo, por otra parte, llevaba pinchos y cadenas, y llevaba una cresta naranja brillante. Éramos de dos mundos distintos, en medio de la segunda ciudad más grande de América y de todo de lo que hablábamos era de la naturaleza y de la justicia social.

Una noche mientras nos fumábamos un porro me habló de la vez que estuvo en los Redwoods (2). Me habló de un grupo llamado Earth First! (N de T: ¡La Tierra Primero!) Compartió conmigo historias de cómo bloqueaban las talas y lo fantástico de la camaradería, con un tono bajo me habló del “monkeywrenching” (3).

Mis ojos se alumbraron. Esto es lo que yo quería, alguien con quien entrar en acción. Había participado en manifestaciones en Los Ángeles, pero había sido algo simbólico. Me habían hablado del Frente de Liberación Animal (ALF) y había realizado algunas

pequeñas acciones. Pero sinceramente, todavía tenía demasiado miedo como para salir a hacer cosas yo solo. Necesitaba dar un paso adelante. Necesitaba superar mi estado de comodidad. Mi estancia en Los Ángeles me estaba limitando. Había llegado mi momento de cortar los lazos que me unían a esa ciudad y marcharme de ella.

Pocos meses después; Aspen y yo nos despedimos mientras sonreíamos. Yo marchaba de camino hacia Eugene (4), Oregón. Algo dentro de mí me decía que encontraría mi destino ahí. Sabía muy poco de esa ciudad aparte de cómo era su Universidad. Tenía unos pocos amigos con los que me podía quedar hasta que encontrase un sitio donde vivir. Pero había algo más que me impulsaba a ir allí. Mi corazón me decía que en Eugene era donde se iba a encender la mecha. Llegué en enero de 1998. Un mes después de mi 19 cumpleaños. En Febrero ya me había mezclado con la comunidad de activistas locales y estaba viviendo en Fall Creek – un bosque de abetos ancestrales de Douglas- preparado para defenderlo. Estuve casi dos meses viviendo sólo en el bosque, solo iba a la ciudad cuando era necesario. Acampé bajo una lona, mi único suministro de agua era el arroyo. Aprendí a distinguir el rastro de los ciervos, observé los hábitos de las ardillas, de los pájaros y los búhos. Escuché las ranas del bosque y a los grillos, y vi copular a las salamandras. Durante el día la lluvia me empapaba y durante la noche me secaba con el calor de la fogata. Le canté al bosque, a los animales y al cielo. Me perdí siguiendo el ritmo de la vida que había alrededor de mí.

Cuando escalaba los árboles, fijando las cuerdas para cuando empezasen las “sentadas” en sus copas (N de T: con el fin de que no los pudiesen talar las compañías madereras), estaba maravillado al sentir que esos árboles eran seres sintientes. Al poco tiempo estaba subiendo para sentarme y relajarme en las ramas del canopy más alto, desde donde podía verlo todo. Había llegado a casa.

En el ajetreo y agobio de la vida moderna pocas ocasiones tenemos la oportunidad de detenernos y descansar. Nuestra vida pasa tan rápidamente de la escuela al trabajo buscando un significado. Luchando por conseguir cosas, para a continuación plantearnos otro “tengo que”. Antes de darnos cuenta la vida ha llegado a su fin, y en ese momento son pocos los que saben lo que realmente es vivir.

Algunas personas dicen “los científicos terminaron con la magia”. No creo que sea el conocimiento lo que ha matado la magia, es cómo lo aplicamos. Cuando hablo con la gente acerca de la comunicación con los animales o los árboles o sobre el poder de la Tierra, la mayoría se ríen. Nos han adoctrinado a pensar que no formamos parte de la Tierra, que de alguna manera somos algo distinto al resto de la vida en este planeta. Nos han enseñado a pensar que la Tierra y sus criaturas existen para que la gente la pueda emplear y explotar. Nada puede estar más lejos de la realidad.

La Madre Tierra es un organismo vivo gigantesco. Al igual que nuestros cuerpos están formados por células y órganos que al interactuar nos dan la vida, del mismo modo funciona la Tierra. La Tierra es quien da la vida. Únicamente la interacción simbiótica de las criaturas de la Tierra y sus rasgos geofísicos la que permite que florezca la vida en este planeta.

Toda vida esta interconecta, formando una red en la que la supervivencia de cualquier especie descansa en la supervivencia de muchas otras. Como mamíferos que respiramos oxígeno, nuestra existencia depende de los bosques, del plankton, y de las algas que generan el aire que respiramos. Estas entidades dependen de complejas redes de vida que aseguran su supervivencia. Cuando cualquiera de estos diversos ecosistemas se ven negativamente afectados, comienza una reacción en cadena que finalmente genera una crisis medioambiental si no se detiene.

Al vivir en el bosque aprendí más sobre la vida de lo que había aprendido en la escuela. Me sentaba solo durante horas con mi espalda apoyada en un árbol centenario. El bosque en el que vivía tenía más de 600 años, la evolución en su perfección. Ser capaz de sentarse y absorberlo todo para ti, experimentar todo lo que te ofrece el bosque, a través de cada uno de mis sentidos –este es el motivo por el que vivimos. El significado de la vida es sencillo: disfrútalo.

El bosque estaba tan tranquilo que costaba creer que se encontrase amenazado. ¿Quién que estuviese cuerdo destruiría todo un ecosistema para hacer líneas telefónicas? Tuve mucho tiempo para reflexionar sobre estas cuestiones, y para meditar sobre mis propias creencias. El último paquete de provisiones que había recibido contenía folletos escritos por Rod Coronado, además de algunas revistas de Earth Fist!. Las palabras de Rod me inspiraron, y por primera vez oí hablar del Frente de Liberación de la Tierra (ELF). Leí la evolución del ELF y comentarios sobre cómo el ALF y el ELF deberían trabajar más unidos.

Mi camino hacia la acción había comenzado en Los Ángeles y esto sólo reforzó mis ideas. De todas formas, había tomado la decisión de emplear cualquier otro método antes. Creía que sería hipócrita recurrir a la espada antes de haber intentado solucionar el problema por otros métodos.

Un día de Abril, los Servicios Forestales comenzaron a construir carreteras en el bosque. Talaron árboles y asfaltaron por encima de los riachuelos, dejaban una estela de destrucción por donde pasaban. Ahora veía que había que hacer algo urgentemente. El que estaba sentado debía levantarse.

En la ciudad apilamos provisiones. En dos días la campaña comenzaría oficialmente. Aquella noche me senté tras la fábrica/almacén de la industria maderera que había

comprado el “derecho” a destruir la tierra. Me senté ahí muchas noches. Meses atrás había puesto a prueba los sistemas de seguridad de que disponía y había comprobado que sólo contaban con luces que se encendían cuando alguien pasaba por ahí –nada había cambiado. Sabía que podía hacer que todo esto cambiase sólo con una cerilla. Mientras me sentaba ahí pensando en mis opciones, un búho apareció. Voló en picado hacia mi cabeza y luego voló en círculo alrededor de mí tres veces, como si quisiese decirme algo. Tan repentinamente como había aparecido, había desaparecido. Este encuentro me afectó profundamente. Me recordé a mí mismo el juramento que me había hecho. Ya había tomado el camino. ¡Tenía que recorrerlo!

Los meses pasaron. Decidí cambiar mi sentada en los árboles por el suelo, creyendo que podría ser más efectivo en él. Había visto desde las copas de los árboles cómo los árboles centenarios caían para abrir camino a la carretera. Me prometí a mí mismo que nunca más permanecería sentado observando lo que podía detener.

Bajo el resplandor de billones de estrellas y la solemne mirada de la luna, el pico descendía penetrando en la gravilla y la suciedad. Esta creo que era la tercera de las muchas noches que participé en cavar túneles bajo el asfalto (5). Cada vez que lo hacíamos ellos tenían que cerrar la carretera, paraban la construcción y tenían que arreglarlo. Cada noche, luchadores enmascarados volvían a hacer los túneles. Los troncos apilados de forma ordenada eran desperdigados por la carretera. Las vigas empleadas para construir la carretera eran rociadas de gasolina para que sirviesen de barreras ardientes. No dejaríamos que cayese este bosque.

Cada mañana se formaba un campo de batalla. Los trabajadores de la carretera y los Freddie's (Forest Service Law Enforcement Officers, Oficiales de las Fuerzas Legales de los Servicios Forestales, también llamados LEOs) se encontraban con nuevas barreras y de 20 a 30 individuos enmascarados y vestidos con ropa de camuflaje. Las confrontaciones podían ser violentas y durar días o semanas, pero la mayoría duraban unas horas. Al final construyeron las carreteras, pero nosotros luchamos por tomarlas, y conseguimos controlar más de diez millas de carreteras. Nuestras señales eran muy claras “cuidado con los caltrops” (6) otra advertencia decía “si caen los árboles chorreará sangre”.

En cualquier momento había más de dos docenas de bloques obstaculizando las carreteras. Se formaban muros con los troncos talados y con los bloques de calzada que retiraban cuando tenían que arreglar uno de nuestros túneles. Hacíamos trampas enormes, eran agujeros que excavábamos en la carretera y poníamos una lona por encima, sobre la lona echábamos hojas y tierra. Túneles y plataformas construidas en el aire (de tres, dos y hasta una pata) fueron empleadas para encadenarnos a ellas.

Mantuvimos una miríada de sendas a través del bosque. Yo podía llegar a cualquier sitio del bosque a pie antes que un coche sin que tuviese las carreteras obstruidas. Teníamos vigilancia las 24 horas mediante el uso de walkietalkies/radios y tambores para comunicarnos. Cada noche bajo la protección de la oscuridad, nos echábamos a la carretera destrozándola hasta que la Tierra Salvaje fuese libre de nuevo.

Conforme crecía nuestro control sobre el bosque, también aumentaron las tácticas de mano dura de los LEOs. Mucha gente, algunos de 15 años, fueron atacados. Un chico joven fue golpeado en la cabeza con el mango de un machete, otro fue sepultado hasta la cintura por un bulldozer, mientras los Freddie's observaban riéndose.

En sus incursiones, hechas tanto para intimidar como para tomar el control de las carreteras, los Freddie's bajaban en masa hasta nuestros campamentos. Agujereaban nuestros bidones de agua con sus cuchillos, tiraban nuestra comida al suelo y la pisoteaban, y robaban nuestros fogones o los arrojaban por el bosque. Destrozaban el campamento entero y recogían todo lo que podían –enseres personales y de todo-, lo tiraban a la carretera y le prendían fuego. Los incendios no son una estrategia empleada sólo por los disidentes.

Durante una de nuestras acciones para obstruir la carretera, un compañero y yo bloqueamos la carretera mediante una plataforma colocada en el aire. Los LEOs aparcaron un bulldozer junto a la plataforma para que cuatro oficiales pudiesen escalar hasta ella y sacarnos de ahí. No conseguirían retirar la plataforma sin tener que luchar. En cuanto los LEOs subieron a la plataforma corté los cables de sujeción y mi compañero y yo empezamos a tambalear la plataforma para que cayésemos todos de ella.

Con miedo en sus caras los oficiales saltaron rápidamente al bulldozer, dejándonos a nosotros en la insegura e inclinada plataforma. Sin saber qué hacer a continuación un oficial nos arrebató una robusta rama de nuestra plataforma que habíamos estado empleando como mástil de nuestra lona. La empezó a agitar ya golpear nuestra comida y agua echándola de la plataforma.

Pensando rápidamente (o sin pensar nada), salté frente a nuestras provisiones para protegerlas con mi cuerpo. Pensé que no me iba a golpear. El Oficial Amistoso levantó la rama y empezó a golpearme en los muslos y la cintura.

“Te hemos visto golpearle y te estamos gravando”, gritaron desde las alturas algunos que estaban haciendo una sentada en un árbol. Aquel oficial había traspasado una línea que nunca debió cruzar. Al siguiente golpe le sujeté la rama desarmando al matón uniformado. Los LEOs quedaron sorprendidos.

“¿Qué te parece si ahora eres tú quien recibes?” le grité mientras levantaba la rama.
“¿No te apetece verdad?”.

El oficial más fuerte que estaba situado en la parte más alejada del buldózer me provocó “Hazlo. Será la última vez que pegas a un policía”.

Lo que él no sabía es que no iba a ser la primera vez que lo hacía. Avancé tras la última amenaza.

“¡Te voy a matar imbécil!”.

“Todos abajo, ese va en serio” dijo el encargado que estaba dirigiendo desde abajo.

Los Freddie desistieron de intentar sacarnos de ahí de nuevo. Nos mantuvimos en la plataforma todo el día y hasta bien caída la noche. A la media noche más o menos, todavía con los LEOs esperando, decidimos que sin provisiones y en una plataforma muy insegura no podíamos seguir manteniendo este bloqueo más. Muy a nuestro pesar nos vimos obligados a abandonar la estructura.

A pesar de que fue una victoria breve, esa plataforma fue el único bloqueo de carretera en Fall Creek que consiguió repeler un intento de echarnos.

Menos de un mes después de que hubiésemos intentado hacernos con las carreteras mi compañera y yo estábamos haciendo un bloqueo en la puerta que era la única entrada a la red de carreteras que servían a la industria maderera. Alrededor de las 3 a.m. ella empezó a vigilar mientras yo dormía.

Me despertaron sus gritos de dolor y llantos pidiendo ayuda. Todavía era de noche. Salté fuera de mi saco de dormir y vi a dos hombres armados vestidos completamente de camuflaje. Un hombre estaba intentando tirarla al suelo, el otro estaba cerca de la puerta y de mí.

Un instinto primario de proteger a mis seres queridos me invadió. Salté sobre su agresor tirándole al suelo y aterrizando encima suyo. Cuando levanté el puño me di cuenta de que enfrente de mí tenía al Oficial Amistoso. En ese mismo momento gritó pidiendo ayuda antes de que yo pudiese reaccionar, fui golpeado por la espalda por el matón número dos.

Mientras me inmovilizaban con sus llaves de rigor dije pausadamente “no me estoy oponiendo”.

¡Joder!, pensé, ¿cómo voy a salir de esta?

Afortunadamente los gritos de mi compañera habían atraído a otros que se habían presentado con una videocámara. Pudieron gravar que los oficiales no llevaban el uniforme puesto y que eran las 5 a.m. y que el sol todavía no había salido.

En la cárcel fui colocado bajo régimen de alta seguridad. No podía llamar. No sabía los cargos que había contra mí. No tenía ningún derecho. Encerrado en mi celda intenté pensar en las posibilidades que tenía hasta aproximadamente las 10 p.m. cuando me di cuenta de que ese día no me iban a sacar.

No tenía ni idea de que toda la cárcel entera estaba cerrada debido a que una gran masa de gente alborotadora estaban protestando por mi arresto. Alrededor de las 2 a.m.. un oficial abrió la puerta.

“¿Eres Free?” (7)

“No, estoy en la cárcel.”

“Levántate, te marchas de aquí”.

¿Qué?, recogí mis cosas y bajé a ver a la oficial que había denegado mi salida 10 horas atrás. Me repitió las mismas preguntas que ya me había hecho. ¿Tenía una dirección? No. ¿Tenía número de teléfono? No. ¿Si me dejaban marchar tendrían que volver a encerrarme? Oye, eso no me lo habían preguntado antes.

A las tres de la madrugada literalmente me estaban echando de la cárcel. Fuera me encontré con unos 100 manifestantes que dormían. Habían dicho que no se marcharían hasta que no me sacasen. A pesar de que ya no estaba preso pasé la noche con ellos de todas formas.

Semanas después se me presentaron 17 cargos federales. Un asalto grave a un oficial con un arma mortal, y 16 delitos de menor gravedad. El juez desestimó el asalto bajo el argumento de la autodefensa y del hecho que el arma mortal no existía. Y negocié los otros cargos (junto con otro por otra ocasión en la que me resistí a ser detenido) acordando que estaría 30 días en la cárcel.

Cumplí mi condena en la Federal Correction Institution y salí libre en enero de 1999. Pasé el resto del invierno solo en un refugio en un árbol, pensando en la dirección que mi vida iba a tomar.

Aquella primavera, dediqué mi vida a la resistencia a gran escala. Me había dado cuenta de que las peticiones y las protestas jamás iban a detener el exterminio de la

vida y la libertad llevada a cabo por el Estado. Me habían mentido ya demasiadas veces los Oficiales del Gobierno. Me habían dado palizas y había visto a mis amigos recibir palizas de la policía en demasiadas ocasiones. Mientras tanto los responsables de las masacres continuaban haciendo sus negocios sin dificultades. Ya no estaba dispuesto a aguantarlo más. Había llegado el momento de tomar otro camino.

Cuando fui arrestado en Junio del 2000, ya había participado en batallas callejeras con los policías durante disturbios; había participado en sabotajes y grupos de defensa del bosque armados. Cuando llegaba el momento de encontrarme con el Estado y las ociosas corporaciones la palabra “por favor” había desaparecido de mi vocabulario. En la primavera del 2000, estaba de regreso a Eugene. Me había pasado los últimos dos meses colándome en trenes y haciendo autostop. Cuando llegué me encontré implicado en las labores de seguridad para las Siete Semanas de Revuelta de Eugene (que paradójicamente fueron en realidad nueve semanas). Hubo charlas, ocupaciones, defensa de los bosques, y todo terminaría con una manifestación por hacernos con las calles y con la ciudad el 18 de Junio.

El 18 de Junio de 1999 la ciudad estaba plagada de disturbios, los cuales formaban parte de las actividades del día de oposición global contra el G8. Hubo varios policías heridos, y se vieron obligados a retroceder en múltiples ocasiones. Se causaron daños de decenas de miles de dólares. La policía y los bancos fueron quienes recibieron los ataques más contundentes, y quienes sufrieron las mayores pérdidas. La ciudad estaba llena de pintadas políticas. Eugene se convirtió de repente en la ciudad más activa dentro del movimiento anticapitalista estadounidense.

Los eventos de aquel año fueron el fruto de las múltiples actividades del año precedente. Por supuesto, el inconveniente de anunciar que se está gestando una revolución es que la policía estatal se prepara para ella.

Durante nueve semanas Eugene era un hervidero de actividad policial y anarquista. Los compañeros se reunían en masas en los parques, en las calles, en las cafeterías y en los bares, mientras la policía y el Equipo SWAT patrullaban la ciudad en grupos de cuatro oficiales por cada coche.

Había tensión en la ciudad. Estaba convencido de que algo grande podía comenzar. La energía y la represión estaban que ardían. No me hubiese sorprendido si alguien hubiese empezado los tiroteos que darían lugar al estallido de la segunda Revolución Americana. Se formaban manifestaciones espontáneas por toda la ciudad, y no había ni una sola tienda perteneciente a una cadena corporativa que estuviese a salvo, en ellas entraban grupos de personas, cogían comida y cervezas y se marchaban con total tranquilidad. La comisaría de policía que salvaguardaba las urbanizaciones de

los blancos había sido atacada no una sino dos veces, y rutinariamente se forzaba a los policías a huir en sus coches cuando intentaban identificar o arrestar a alguien.

Yo también estaba planeando algo para participar en las Siete Semanas de Revuelta. Durante el tiempo que estuve viajando había pasado muchas noches reventando ventanas de los coches de las grandes marcas, empleando un tirachinas. Era una perfecta manera de causar importantes pérdidas económicas, destrozando los escaparates de sus concesionarios y hacer añicos los cristales de esos carísimos SUVs (8). Muy rápidamente me di cuenta que las medidas de seguridad de estos lugares era muchas veces mínima. Nunca me encontré ningún sistema que fuese más allá de luces que se encendían con el movimiento y cámaras.

Empecé a plantearme la idea de cómo incendiar un concesionario. Sabía que sería muy sencillo preparar unos cuantos artefactos incendiarios y colocarlos bajo algunos SUVs. Quería mandar un claro mensaje a la industria de los coches y del petróleo, este país contribuye peligrosamente al calentamiento global, también es el responsable de la hostil e imperialista política exterior del gobierno americano. Estos injustos actos iban a encontrarse con una resistencia.

Las Siete Semanas de Revuelta me dejaron en el césped de mi casa y me proporcionaron mi oportunidad. La ciudad estaba preparada para la acción, y yo quería avivar las llamas. No estaba preparando una gran acción, sólo era algo lo suficientemente grande como para que se hablase de ella y así inspirar a otros para que llevasen a cabo más acciones.

Pensé que un ataque clandestino a un concesionario de SUVs –uno de los símbolos más claros de la codicia y el poder industrial- durante el encuentro inspiraría a otros y les animaría a resistir.

Ataqué Romania Chevrolet porque Chevy es una filial de General Motors. Romania era el segundo concesionario mayor de Eugene. Este concesionario estaba fletando partidas de furgones y SUVs (como contraposición a los coches que vendía al público). El concesionario además estaba situado cerca del campus universitario, el cual suponía un sitio del que era fácil entrar y salir.

Las cuestiones de “donde” y el “porqué” eran fáciles de responder, pero todavía tenía que averiguar el “cómo hacerlo”.

Un día, durante una discusión con mi buen amigo de confianza y aliado, Craig “Critter” Marshall, me comentó que quería dar un paso más en sus acciones. Critter y yo habíamos trabajado juntos muchas veces en numerosas sentadas en los bosques y

campañas para protegerlos. El nivel de confianza entre los dos permitía que pudiésemos hablar sobre lo que quisiésemos de manera abierta y franca. Tras unas pocas preguntas para tantear el terreno y comprobar la posibilidad de que el otro no estuviese preparado para ir tan lejos, los dos nos dimos cuenta de que estábamos en el mismo punto. Compartí con él mi idea de los concesionarios de coches.

Ilusionados empezamos a preparar nuestro plan. Durante casi un mes observamos nuestro objetivo. Romaniza tenía seguridad privada, algo que no había visto hasta entonces en los aparcamientos de ningún concesionario. Aun así hay formas de hacer lo que quieres sin ser descubiertos por el guarda de seguridad. Tan sólo teníamos que conocer la rutina que seguía.

El concesionario también estaba cerca de unas casas, lo cual significaba que teníamos que averiguar si alguien trabajaba hasta tarde o tenía alguna actividad nocturna regular que nos pudiese afectar. Otro asunto del que nos teníamos que ocupar era de las patrullas policiales que vigilaban la ciudad a todas horas, ahí eran muy frecuentes, ya que estábamos en el distrito del campus universitario.

Por último, a causa de los muchos bares y restaurantes que había en la zona, teníamos que saber la cantidad de peatones que caminaban por la zona a distintas horas, especialmente cuando los establecimientos cerraban.

Una vez que contábamos con la información necesaria sobre nuestro objetivo y del área circundante, nos planteamos cual sería nuestra meta. Descartamos la posibilidad de incendiar toda la flota de vehículos del concesionario. Podríamos haber colocado muchos artefactos preparados para encenderse a la vez y podríamos haber agujereado los depósitos de gasolina de los vehículos para alimentar la conflagración. Otras de las ideas que barajamos era si hacer pintadas o dejar algún mensaje antes de marchar o no.

Finalmente, por ser lo más sencillo, y porque iba a ser la primera ocasión que trabajábamos juntos en este tipo de acciones, decidimos que cada uno llevaría un artefacto y que los colocaríamos en vehículos diferentes. No sería un incendio grande, pero para dejar claro nuestro mensaje no era necesario que lo fuese. Atacaríamos la madrugada del jueves al viernes 16 de Junio. Enviaríamos un comunicado que por la mañana del 18 de Junio saldría a la luz pública. Si todo salía bien, el black-block se manifestaría ese día y el levantamiento del año anterior parecería un picnic. No todo fue bien. La noche del 14 de Junio fui arrestado mientras vigilaba a los policías. Tres activistas locales habían sido detenidos por cuatro oficiales de la policía por el flagrante delito de ir en bici por la noche sin llevar las luces puestas. Durante la identificación gravé cómo los policías dejaban pasar de largo a una pareja que estaban cometiendo la misma infracción. Yo avisé a los

policías que cualquier acto que hiciesen a partir de entonces podía ser calificado de aplicar la ley de forma diferente y selectiva, y que iba a ser muy feliz haciendo copias de la cinta de video y entregándoselas a los ciclistas amonestados.

Conforme transcurría la identificación nos habíamos ido sumando hasta 20-25 personas. Los oficiales también se habían multiplicado y ahora estaban ocho, incluidos miembros del SWAT. El oficial al mando ordenó que no se hiciesen citaciones y que se replegasen antes de que se montase una trifulca. Pero los demás andaban buscando pelea y no querían marcharse sin tenerla.

Mientras permanecía en la acera gravándoles los oficiales se desperdigaron. Uno de ellos se dirigió directamente hacia mí. Enfoqué la cámara hacia él gravando como se me acercaba –diez pies, cinco pies, se me echó encima. Su hombro descendió antes de echarse encima. Lanzó su brazo a mi garganta y me tiró detrás del coche de policía.

Si soy sincero, diré que en la mayoría de las ocasiones hubiese continuado la pelea, no tanto por orgullo sino por instinto. Aquella vez me limité a sostener la cámara y a grabar mi propio derribe. Ahora me hace gracia recordar la imagen de mi cabeza siendo empujada contra la carretera, y yo tumbado con la cara contra el suelo mientras sujetaba la cámara enfrente de mí.

La policía consiguió lo que quería. Mi derribo desencadenó una respuesta: la gente atacó, ellos sacaron sus porras y el olor a gas pimienta impregnó el aire. Yo no fui el único arrestado aquella noche.

A la mañana siguiente me sacaron de la cárcel. En poco menos de doce horas se suponía que iba a estar deslizándome en medio de la noche con cinco litros de gasolina y un mechero. Lo primero es lo primero, pensé. Fui a desayunar, luego fui a dormir una siesta. A las 4 p.m. me reuní con Critter en nuestra cita en el parque. Contra toda lógica le dije que seguíamos adelante.

Durante la mayor parte del año anterior había hecho las acciones yo solo, exceptuando unas pocas ocasiones en las que me junté con otros para una acción concreta o algún evento particular. Prefería trabajar sólo porque entonces yo sacaba lo mejor de mí. Yo era el único responsable de planificar y llevar a cabo la acción. Era libre de escuchar a mis instintos y de cambiar los planes conforme lo necesitase, sin que esto afectase a nadie. De esta manera podía incorporar muchos más rituales y magia en mis acciones, lo cual era importante para mí.

Al trabajar sólo era perfectamente consciente de mis propias habilidades y mis limitaciones. Prestaba más atención a los detalles, porque no contaba con nadie con

quien revisar lo que preparaba. Al hacer las cosas sólo me concentraba más y era más cuidadoso.

Por la razón que sea también estaba más nervioso trabajando con otros. Nunca se reflejó en como hacía las cosas, pero esa noche se reflejó en mis juicios.

En el pasado había visto que había que deshacerse de todas las pruebas incriminatorias posibles antes de realizar la acción. El anochecer del 15 de junio no tomé esa importante precaución, pensé que era algo de lo que me podía ocupar después de que todo sucediese. Me sentía comprometido a seguir adelante con nuestro objetivo.

Cuando preparaba los artefactos, y revisé tres veces que no había ninguna huella o pelos que pudiesen quedarse en el lugar, me invadió un sentimiento de malestar. Lo llevaba sintiendo todo el día. Algo andaba mal. Había rechazado cada instinto que había tenido durante el día. Es posible que Critter también lo sintiese. Pero nos habíamos comprometido el uno con el otro, y nuestro sentido del honor nos hacía mantenerlo. Es posible que si hubiésemos compartido nuestros sentimientos las cosas hubiesen sido diferentes.

Sin que nosotros lo supiésemos, a no más de 200 pies, teníamos un detective escondido que nos estaba espiando. (Durante el transcurso de mis juicios se dieron tres motivos diferentes por los cuales estaba siendo vigilado. El más preocupante era que alguien les había avisado a los detectives de que era la clase de persona a la que debían mantener controlado, pero ningún detective quiso recordar quien fue el individuo que les dijo eso).

Cargamos el coche que había pedido prestado unas horas antes con las cosas que necesitábamos. Le había dicho a la dueña que quería irme de camping a Fall Creek. Todavía me viene a la cabeza la expresión de su cara cuando me llevaba el coche. Era como si pudiese ver a través de mí. Sabía que ella no quería que me llevase su coche. Más tarde me dijo que sus instintos le habían advertido de que algo andaba mal. Aun así se implicó sin saberlo en algo con lo cual no tenía nada que ver. Siempre me arrepentiré de eso. Siempre sentiré y me avergonzaré de mi traición, y del hecho de que las consecuencias de mis acciones afectaron las vidas de gente que no había estado involucrada en las mismas.

Cuando arrancamos el coche y tomamos la carretera el detective advirtió a sus compañeros; “los sujetos están en movimiento”.

En el primer semáforo en rojo otro de los tres detectives confirmó a los demás “Jeff Luers es el pasajero.”

Ninguna de sus comunicaciones se reflejó en mi escáner. Todo parecía tranquilo. Seguimos conduciendo, sin podernos imaginar que nos estaban siguiendo tres vehículos. Aun así, en lo más profundo de mí, las malas sensaciones persistían.

Giramos hacia una bocacalle. El vehículo detrás de nosotros también lo hizo. Señales de advertencia se iluminaron en mi cabeza. Volvimos a torcer y el coche de detrás continuó por otro lado. Seguimos haciendo este juego del gato y el ratón hasta estar seguros de que no había un coche específico que nos estuviese siguiendo. Nos pareció lógico pensar que no era extraño que en todo momento hubiese un vehículo tras nosotros. Después de todo era una noche concurrida, el curso universitario acababa de terminar para dar comienzo a las vacaciones de verano, y había tráfico por todas partes. Olvidamos el viejo proverbio que dice, “sólo porque estés paranoico no quiere decir que no haya nadie tras de ti”.

Una última vuelta cerca de nuestro objetivo, ya no había ningún coche detrás de nosotros. ¡Adelante! Aparcamos a alrededor de una manzana de distancia. Critter cogió el paquete con los artefactos. A partir de aquí sabíamos perfectamente lo que teníamos que hacer cada uno. Juntos caminamos hasta un aparcamiento oscuro y atravesamos la calle hasta llegar a Romania. Cruzamos la calle hasta un carril bici que nos llevaba de nuevo a Romania. Si nos hubiésemos detenido unos pocos instantes el detective que ahora corría a pie siguiéndonos se hubiese dado de bruces contra nosotros.

Mi corazón se agitaba alocado, estábamos a unos pocos cientos de pies del lugar. De pronto me encontré alumbrado por los faros delantero de un enorme SUV negro. Nos pasó de largo lentamente como si fuese a meterse en alguna casa. ¡Mierda! No quería que me viese nadie. Había mantenido mi capucha puesta y la cabeza baja. Es posible que hubiese parecido sospechoso, pero sabía que el conductor no podría reconocerme.

Después de hablar lo ocurrido unos momentos decidimos seguir adelante. Habíamos llegado demasiado lejos, no teníamos tiempo para suposiciones, era ahora o nunca.

Alcanzamos el seto que dividía las dos propiedades. Era donde nos ocultaríamos y desde donde nos colaríamos. Rápidamente nos metimos bajo el seto. Avanzamos arrastrándonos entre el edificio y la fila de furgones nuevos. En nuestros planes habíamos acordado incendiar dos vehículos de la última fila. Nos habíamos dado cuenta de que el vigilante nunca caminaba hasta ella, y había otra fila de furgones (SUVs) entre la última y por donde solía caminar, esta fila nos ocultaba. También elegimos esta fila porque era la que más lejos estaba de un edificio cercano en el que vivía gente, queríamos asegurarnos que nadie saldría herido.

El problema era que no podíamos dejar los artefactos debajo de los motores, donde los daños hubiesen sido mayores. En lugar de eso tuvimos que dejarlos debajo del depósito de gasolina y esperar que el fuego fuese lo suficientemente intenso como para que ardiese este también.

Critter llegó a su SUV primero, mientras yo seguía arrastrándome hacia el mío. Me entregó un artefacto mientras yo preparaba los fusibles. Terminé de hacer el último ensamble, coloqué mi artefacto junto la rueda trasera izquierda y bajo el depósito de gasolina. Con la llama de un mechero mi destino entró en movimiento. Corrimos hasta el final de los vehículos hasta llegar a la calle. Andamos tan tranquilos como nos fue posible en esa situación hasta llegar a las sombras cercanas al coche. Desde ahí corrimos tan rápido como pudimos.

Una vez dentro del coche nos sentimos seguros. Critter lo encendió y arrancamos. Tan solo habíamos avanzado unos pocos pies cuando los faros delanteros de un SUV grande y negro nos alumbraron. Me dio un vuelco al corazón. Era el mismo que nos había pasado antes. El pensamiento de que era un policía no se pasaba por mi cabeza. Los dos pensamos que era un ciudadano con mentalidad de héroe ya que continuaba siguiéndonos.

Unos 15 minutos después mi scanner indicaba muchísima actividad. Se había declarado un incendio en Romania Chevrolet. Hubo una erupción de risas y gritos. En ese momento el SUV que nos seguía no nos preocupaba, lo habíamos conseguido. Daba igual lo que pasase ahora, habíamos puesto la rueda en funcionamiento.

Después de un rato el SUV desapareció. Salimos de la autopista y pasamos por Albertson para comprar algo de cerveza, nos dirigíamos a Fall Creek para descansar tranquilos. Entonces vimos las enormes luces que salían de la autopista. No a muchos metros había un SUV grande negro siguiéndonos.

Me giré hacia Critter y se encontraron nuestros ojos. No era necesario que le dijese lo que él ya sabía. “Vamos a la cárcel hermano, ¿nos echamos un cigarro?”.

Los dos nos liamos los cigarros mientras nos sentábamos en el capó del coche esperando nuestro “billete de viaje”. Entonces cogieron a Critter y lo metieron en un coche de policía. A mi me dejaron que viese el registro ilegal de nuestro coche.

Aquí es cuando cometí un error fatal. Cuando me preguntaron si había estado cerca de Franklin Blvd. (la calle en la que está Romania), dije que “no”.

“¿Qué respondes si te digo que he colocado a tres oficiales para que te siguiesen y te han visto ahí?”

“Quiero ver a mi abogado”.

“Estas arrestado por daños criminales”.

“¿Puedo terminarme el cigarro?”

“¡No!”

Le di dos caladas más antes de dejarles que me esposasen. Fue mi último acto de desafío a la autoridad como hombre libre.

Dos juicios y un año más tarde fui condenado de tres cargos por incendio en Primer Grado, dos cargos por intento de incendio, cuatro cargos por manufacturar y poseer artefactos destructivos, y dos cargos por daños criminales. Los únicos dos cargos que conseguí que retirasen fueron los de “conspiración para cometer incendio con una persona desconocida”. Fui sentenciado a 22 años y 8 meses.

El fiscal intento durante un año convencerme para hacer un trato en el que yo tendría que cooperar. La primera oferta fue que testificase contra Critter. Entonces, después de que con él llegasen a un acuerdo de cinco años quisieron que yo les proporcionase información sobre el ELF, mi célula y otras células de las que yo tenía información. Enseguida y continuamente rechacé el trato y aseguré que no estaba unido a ningún grupo. Cada vez que rechazaba sus ofertas el fiscal abría nuevos cargos contra mí. Mi abogado intentó una y otra vez llegar con el abogado al mismo acuerdo que Critter había recibido. Cada vez que lo intentaba el fiscal decía que los casos eran distintos, que yo era un cabecilla del Frente de Liberación de la Tierra y que me negaba a cooperar lo más mínimo. Después de cada intento fallido mi abogado me preguntó porqué pensaban que yo era un líder. No le respondí.

Lo cierto es que podía pensar una docena de razones por las que ellos creyesen eso. Pero finalmente concluí que el verdadero motivo por el que me clasificaron como un líder del ELF no era por el papel que jugué en Fall Creek o en la comuna. Lo que ocurría era que ellos necesitaban atrapar a un “líder” después de tantos años sin encerrar a nadie. Necesitaban crear un ejemplo.

Su idea fracasó. Miles de personas fueron inspiradas a contraatacar tras nuestros encarcelamientos.

¿Mereció la pena emplear 22 años de mi vida en incendiar un SUV? Por supuesto, me gustaría que las cosas hubiesen sido diferentes.

Me encantaría que el mundo no fuese manejado por poderosos ejércitos, gobiernos y grandes capitalistas. Me gustaría que las personas tuviesen más derechos que las corporaciones. Me fastidia que la gente tenga que luchar por su libertad y por proteger la Madre Tierra.

Y sobre todo, me molesta ser un ciudadano americano, que mis privilegios y estilo de vida hayan sido la principal causa de la opresión y el sufrimiento de tantos otros. Me entristece que la mayoría de mis conciudadanos sean, en el mejor de los casos, ignorantes de los asesinatos y daños físicos causados a los indios americanos y personas de otros países con el fin de preservar los intereses americanos; que no sean conscientes de la destrucción y el saqueo de la tierra para asegurar la opulencia americana. Y me avergüenza y me disgusta todo esto porque, en el peor de los casos, mis conciudadanos saben lo que está pasando, pero les da igual.

Así que tenemos que continuar luchando, informar de lo que está pasando y hacer que la gente se de cuenta, debemos enfrentarnos y contraatacar. Siempre tenemos que ver los dos lados de la balanza, construir un futuro mejor y destruir una civilización corrupta por valores e ideas morales que conducen a nuestra muerte. No podemos titubear ante la represión. Debemos encontrar fuerza en nuestros miedos, porque si fallamos en actuar, si no vencemos, el gobierno y las corporaciones que lo mantienen nos acabarán arrebatando el último resquicio de libertad que nos quede, mientras sigan avanzando en su camino hacia la destrucción del planeta.

Ahora más que nunca necesitamos un frente unido. Nuestras voces deben ser escuchadas y nuestras acciones contundentes. Solo debemos permanecer en silencio al caminar sigilosos en la oscuridad de la noche.

-
- 1.- El Sierra Club es un grupo ecologista americano.
 - 2.- Tipo de bosques centenarios que el movimiento ecologista americano se ha esforzado en proteger mediante numerosas campañas.
 - 3.- El monkeywrenching incluye actividades más allá de la desobediencia civil y las sentadas típicas de Earth First!, los grupos de personas que los llevan a cabo son mucho más reducidos o muchas veces lo hacen personas aisladas. Actúan de forma anónima bajo una estrategia de guerrillas. Las acciones que suelen llevar a cabo son por ejemplo insertar clavos en las cortezas de los árboles centenarios para que cuando la industria maderera intente talarlos se les estropeen las sierras; ponen clavos en los caminos que emplea la maquinaria de la industria maderera para que pinchen sus ruedas y entorpecer la tala.
 - 4.- Eugene es una ciudad de EE.UU. conocida por su fuerte movimiento de liberación animal, liberación de la tierra y anarquismo verde. En esta ciudad ha habido varios proyectos comuneros y en ella se han formado varias células del ALF/ELF que han

realizado acciones muy importantes.

5.- Los túneles bajo el asfalto es una técnica típica de los monkeywrenchers. Se hacen con el objetivo de que cuando pase la maquinaria pesada empleada para construir las carreteras, el asfalto, al no tener soporte debajo se venza, hundiéndose. Es un método muy sencillo de hacer que puede crear graves problemas para la construcción de una carretera y encarecer enormemente el coste ya que mientras se repara ese nuevo punto muchos obreros no pueden trabajar.

6.- Los caltrops son lo que en Suramérica es conocido como “miguelitos”, son pinchos colocados para que pinchen las ruedas de los vehículos que atraviesen una zona determinada. Suelen hacerse de forma muy sencilla, empleando dos clavos de gran tamaño afilados, se doblan y se funden entre ellos, dejando la punta hacia arriba.

7.- El juego de palabras se forma porque Jeff Luers era apodado por sus compañeros como “Free”, que quiere decir *libre*. Por otra parte, ser y *estar* en castellano se dice con dos palabras distintas, sin embargo en inglés el verbo es sólo uno, “to be”. De ahí que mientras el carcelero pregunta “¿Eres Free?”, la pregunta en castellano también podría ser traducida como “¿Estas libre?”.

8.- SUV son las siglas de Sport Utility Vehicles. Son coches todoterreno de lujo cuya función en teoría es poder avanzar por la montaña, aunque la mayoría de sus compradores los adquieren porque están de moda. Son coches de grandes dimensiones y con un consumo de gasolina desorbitado. La contaminación que producen, en consecuencia, es muy elevada. Los SUVs son uno de los principales puntos de ataque del ELF, seguramente el más importante después de la campaña que el ELF lleva en estados unidos contra el “urban sprowl”, es decir, en contra de la urbanización de zonas vírgenes y la invasión por parte de las ciudades del terreno salvaje.



EL RESCATE DEL LABORATORIO NESCOLT

El 24 de abril de 1994 activistas del FLA asaltaron el North East Surrey College of Technology y rescataron 219 animales. Aquí está la historia de cómo se hizo la acción:

Quedaba más o menos una semana para el Día Mundial de los Animales de Laboratorio. Queríamos hacer algo que realmente ayudase a los animales utilizados para la vivisección, en vez de ir a la manifestación que todos los años hay en Londres y ocupar unas cuantas líneas en el periódico.

Estábamos conduciendo por Surrey cuando nos tropezamos con un lugar llamado Nescot, en Ewell. Al ver las siglas IAT (Institute of Animal Technicians) decidimos echar un vistazo. Después de casi media hora, por fin dimos con lo que estábamos buscando: el animalario. Los hay de todas las formas y tamaños, pero éste era un edificio de una sola planta con un tejado situado a baja altura. El olor de la orina de roedores emanaba de los ventiladores del extractor. El edificio se encontraba en la parte trasera del jardín de la escuela, al lado de un descampado que daba a las vías del tren: ¡perfecto!

Tan contentos como los gatos de Cheshire -gatos liberados por el ALF-, volvimos a casa para empezar a hacer los preparativos. Aparte de inspeccionar el lugar unas cuantas noches, solucionar el tema de los vehículos, comprar herramientas y equipo, ocuparse de ponernos en contacto con personas que supiésemos que iban a estar dispuestas a ocuparse del cuidado y manutención de los animales durante toda su vida, tuvimos que preparar el plan.

El lugar había sido atacado ya en el año 88, por lo que lo primero que hicimos fue hablar con una de las personas que había participado. Fue de gran ayuda. Nos contaron que la escuela empleaba ratones, ratas, conejos, hámsteres y cobayas. Además de dar clases en el IAT, también hacían experimentos para algunas multinacionales.

La primera vez que fue atacado reventaron una ventana en la parte trasera del edificio para sacar a los animales. La ventana ahora estaba enrejada y hoy en día la mayoría de las ventanas de los laboratorios en Inglaterra tienen alarmas. El tejado en todo momento nos pareció la mejor opción. Era una época en la que la mayoría de las células desbocaban su cólera por el tejado y nosotros no queríamos ser menos.

Durante una visita nocturna una persona le echaba el ojo al guardia de seguridad mientras otros dos subimos al tejado. Retiramos las pesadas y grandes tejas con facilidad. Regresamos a casa para trabajar en el plan, que realmente tenía muy

buen pinta. Escalaríamos por el ventilador del extractor para subirnos al tejado, una vez ahí, retiraríamos unas pocas tejas para hacer un pequeño agujero, no más grande de lo estrictamente necesario para entrar y sacar los animales de ahí. Esto nos permitiría acceder al techo, que tendríamos que taladrarlo para poder acceder a las habitaciones donde se encontraban los animales.

Conforme se acercaba el día nos fuimos ocupando de las distintas tareas. Compramos una cuerda, unas cuantas brocas para el taladro y una sierra para entrar a través del techo, mochilas y sacos para transportar los animales y convertimos un montón de guarderías y armarios en lugares provisionales para los animales. Dimos muchas vueltas para encontrarles quiénes se ocuparían definitivamente de proporcionarles hogares.

Finalmente, llegó la hora. Como de costumbre, en el último momento conseguimos los guantes, pasamontañas y ropa, cogimos las mochilas, sacos y herramientas, las metimos en los vehículos y marchamos hacia el laboratorio. A todos nos habían ido alguna vez las cosas mal sin haber cometido ningún error, son gajes del oficio. Pero esta vez nada iría mal. Éste era su día, el día de los animales de laboratorio, y no podíamos fallarles.

El viaje es la peor parte de todas, tanto de ida como de vuelta. Especialmente la parte de vuelta, pero llegamos ahí sin que nos diese ningún problema nuestro viejo y principal enemigo: ¡la policía! Los seis que estábamos bajamos las cosas y caminamos hacia el laboratorio a través de la vía del tren.

Dejamos las cosas en el terraplén y encendimos los radios -radios especiales que permiten oír a la policía y mantenerse en contacto-. Las tres personas elegidas como vigilantes se colocaron en sus puestos y dieron la señal de que estaban listos. Una persona se quedaría esperando con las bolsas en el terraplén mientras dos de nosotros entraríamos dentro. En un momento subimos al tejado y retiramos las tejas sin problemas. Bajo las tejas había una capa de aislante de asbesto, que se cortó. Lo primero que nos golpeó fue el calor, parecía un horno.

Para nuestro horror y consternación la segunda cosa que nos golpeó fue el ver que sobre el techo había una delicada red de cables blancos, estaba claro que eran cables trampa conectados con la alarma. Estaban por todas partes, y tras el pánico inicial llegamos a la conclusión de que en los huecos de esa red había espacio suficiente como para que nos metiésemos por ellos. Íbamos a tener que ir con cuidado al balancearnos por las vigas e ir de puntillas sobre los alambres. Llamamos a la persona del terraplén para que viniese con las bolsas. El tiempo corría rápido y todavía teníamos muchas cosas que hacer.

La parte superior de las paredes divisorias de cada habitación sobresalía un poco por el hueco que había entre el techo y el tejado -que había sido levantado-, por lo que pudimos saber cuántas habitaciones había y dónde hacer los agujeros. Empezamos a hacer el primer agujero. Con la broca y el refuerzo hicimos un agujero bastante grande hasta que pudiésemos meter la sierra y así agrandararlo hasta que pudiésemos meternos y descender hasta las habitaciones.

La primera habitación a la que bajamos estaba oscura, pero se podía saber qué había dentro por el ruido: conejos, quince de ellos al ponerse a saltar alrededor de sus jaulas metálicas armaron algo de alboroto. Habíamos visto un folleto de propaganda de Nescot, y en la portada había un conejito pequeño, por lo que como podéis imaginar teníamos ganas de sacar alguno pequeño. De todos modos, enfrente de nosotros había una cantidad enorme de conejos de Nueva Zelanda gimoteando. ¡Eran del tamaño de perros pequeños! Conforme abríamos la primera jaula, el conejo, percibiendo la libertad, salió fuera. Afortunadamente teníamos un saco preparado y lo atrapamos. Lo cogimos por detrás y lo arrastramos porque no sería muy agradable tener que atrapar a los conejos kamikaze por la habitación. Mientras esto sucedía otra persona estaba ocupada haciendo agujeros para poder entrar a las otras habitaciones.

Los conejos ya estaban en la cavidad que había entre el techo y el tejado. Lo siguiente que vino fue el “squeak, squeak, squeak” de las cobayas. Estaban guardadas en jaulas de batería con una altura de poco más de 14 centímetros. Corrían por todos los lados, pero conseguimos meterlas a todas en las mochilas.

La siguiente habitación era la de las ratas y los hámsteres. Jaulas de ratas blancas que nos miraban pensando qué era lo que estábamos haciendo ahí. Fueron fáciles de atrapar, ya que se limitaron a escalar por los barrotes de sus jaulas. Aquí nos encontramos con un problema, ya que se nos acababan las mochilas y los sacos. Todas las bolsas que quedaban las habíamos usado para meter a las ratas y a los hámsteres. Era duro, pero teníamos que marcharnos dejando dos cuartos sin visitar.

Mientras dos empezamos a mover las mochilas y sacos de la cavidad que había entre el tejado y el techo, otra persona hizo pintadas con spray en las paredes para que les quedase claro quién había estado ahí. Las últimas dos habitaciones estaban llenas de ratones y peces. Nos rompía el corazón dejarlos ahí, pero no teníamos mochilas ni sacos ni espacio en los vehículos. Todo lo que pudimos hacer era coger las tarjeta de información del laboratorio que había enfrente de cada jaula lo cual fastidiaría cualquier experimento, ya que no podrían distinguir qué ratón era cuál.

Cuando subimos por el agujero al tejado nos sorprendió ver que estaba empezando a amanecer rápidamente. Cuando montamos a los animales en los vehículos y estaban

seguros, una persona volvió corriendo para inundar las habitaciones que habíamos vaciado. Llegamos a salvo a nuestra casa y bajamos a nuestros nuevos amigos. Eran preciosos y también muy simpáticos y graciosos. Los conejos empezaron a corretear y a darle golpes al suelo con las patas, también trataban de aparearse entre ellos. Todos habían sido embarcados hacia nuevos hogares donde pasarían una vida placentera libre de sufrimiento.

El total fueron quince conejos, noventa y ocho ratas, cincuenta y cuatro hámsteres y cincuenta y dos cobayas. ¿Y qué fue de Nescot?

El pasado mes de febrero lo intentamos asaltar de nuevo. Todo iba bien, ya habíamos entrado por el tejado dentro del edificio, pero dos vigilantes nuestros que estaban dando vueltas fueron descubiertos por el guarda de seguridad. Les persiguió y luego llamó a la policía, que apareció en el lugar en un minuto, por lo que nos tuvimos que marchar. Esta vez nos hubiésemos llevado todos los animales.

De todos modos no ha terminado aquí la cosa. Reiremos últimos. Siempre lo hacemos.



LA OPERACIÓN BITE BACK

Hace once años estuve en el mayor laboratorio de investigación peletera, en la universidad estatal de Oregón. No estaba ahí para encadenarme y mucho menos para hacer una petición. Mis compañeros y yo estábamos ahí para quemar el edificio hasta convertirlo en cenizas. Durante el año y medio anterior había visitado granjas por todo el país recabando información sobre las condiciones en que estaban los visones, zorros, lince, gatos salvajes y chinchillas, y sobre una industria que lleva haciendo una guerra genocida contra la vida salvaje desde hace más de 400 años.

Las llamas que salieron del edificio aquella noche marcaron la vuelta del ALF a una estrategia de guerra de guerrillas. Llamamos a la campaña Operación Bite Back (es una forma de ataque de algunos animales en la que muerden y retroceden). Por primera vez en la historia de las granjas peleteras americanas los animales que estaban ahí encerrados esperando la muerte, tenían una esperanza. Durante los siguientes 16 meses mis compañeros y yo atacamos con éxito cuatro laboratorios de investigación para granjas peleteras, una granja de pieles y una cooperativa de criadores de piel. Además se intentó atacar sin éxito cuatro granjas de pieles de Oregón, Utah y Montana.

La operación Bite Back no pretendía conseguir reformas o mejorar las condiciones. Pretendía destruir toda una industria cuya existencia depende del encarcelamiento, domesticación y tortura de la vida salvaje. Igualmente cuando nos llamamos defensores de la liberación animal y de la Tierra deberíamos darnos cuenta de que no podemos trabajar desde dentro del sistema. La Tierra y los animales ya han sido representados por bienestaristas (gente que lucha por que las condiciones de explotación de los animales sean lo menos dolorosas posibles, pero no critican la explotación en si misma) y moderados demasiado tiempo. Lo que el mundo necesita ahora son guerreros. Mujeres y hombres valientes preparados para morder en defensa de la Tierra y de sus habitantes oprimidos. Tú, que lees esto, eres parte de una generación en la que tienes que elegir entre hacer lo necesario para preservar todas las formas de vida en la Tierra o fracasar con tu responsabilidad ante las generaciones futuras. No hay un punto intermedio, o eres parte de los problemas de la Tierra o eres su defensor.

No somos un grupo de protesta. No pedimos nada al sistema y a quienes han construido su poder y riqueza sobre la sangre y los huesos de nuestros hermanos animales y nuestra madre Tierra. Solo hay una respuesta ante esa actitud homicida y genocida, la acción directa que destruya la estabilidad económica de la industria que amenaza todo el planeta. No negociaremos con terroristas ni pagaremos el rescate a los secuestradores.

La sociedad nos ha llevado por el mal camino suficiente tiempo. La civilización que trata toda forma de vida como mercancía convierte a cada ser vivo en un posible objetivo; y a no ser que la gente se levante ahora, nuestra descendencia vivirá y morirá en un mundo dirigido por la avaricia y la violencia. Pero antes de que empieces a pensar temerariamente en atacar a un opresor militarmente superior, recordémonos por qué estamos luchando, en lugar de contra qué.

La victoria no es algo que debemos conseguir en un futuro lejano, es algo que debemos lograr día a día. Como guerreros elegimos el camino de la Tierra. Nuestra energía no viene de nuestro oponente sistema opresor, sino del planeta que defendemos. Nuestra energía viene del viento, agua y fuego. Nuestra creencia en un mundo en el que estemos relacionados con los animales es algo por lo que muchos han luchado y muerto; y te aseguro que las cosas han estado mucho peor. Nunca debemos pensar que nuestros sacrificios son en vano. El estar preparados para sacrificar nuestros privilegios y comodidades es lo primero que necesitamos para evolucionar hasta el guerrero que debemos ser.

Sólo cuando demostremos nuestro amor hacia la Tierra y hacia los animales con acciones sinceras, podremos descubrir el bonito mundo del guerrero de acción directa. Ha llegado otra vez el momento de Bite Back. Nelson Mandela dijo “es el opresor, no el oprimido quien determina los métodos de nuestra resistencia”. Igualmente, cuando los enemigos de la Tierra y los animales responden a la desobediencia civil no violenta con fuerza excesiva y violencia, no nos dejan otra alternativa que buscar una forma de lucha más efectiva. Y si no se te parte el corazón al saber lo que le están haciendo al mundo que amamos, siento lástima por ti, quizás ya no estés vivo. Pero si la muerte del planeta que amamos te hace llorar, entonces coge esas lágrimas y conviértelas en acción. La tierra no nos da lo que necesitamos para vivir simplemente para que sobrevivamos, nos da su energía para que podamos luchar.

Ahora sal ahí fuera y haz algo de lo que tus ancestros y descendientes estarían orgullosos.

Estos textos que has leído pertenecen a dos grandes libros, “Encendiendo la llama del ecologismo revolucionario” y “r-209, habla el frente de liberación animal”. El primero de ellos presenta la lucha del ecologismo radical, hace un repaso por su desarrollo y se centra en el ELF (Earth Liberation Front), FLT en castellano (Frente de Liberación de la Tierra). Este grupo no es nada cerrado simplemente son unas ideas y unas tácticas de lucha por la liberación de la tierra y siempre que te sientas que en cajas con ellas puedes ser unx guerrerx del ELF. Este modelo fue copiado del ALF (Animal Liberation Front), FLA en castellano (Frente de Liberación de los Animales) del cual trata el segundo libro. Este, a través de testimonios de personas que forman o han formado parte del ALF, presenta la idea y desarrolla sus principios y su proceso. En ambos libros cuentan la actividad del ALF y ELF desde historias interesantísimas contadas en primera persona, lo cual lo hace más cercano y vivo. Analizar y reflexionar sobre la lucha de estos dos grupos es muy útil e importante, podre ver sus fallos, errores, victorias, éxitos... Además de entretenidos son dos libros con los que se reflexiona sobre muchos temas y se aprenden muchas cuestiones. En este mundo antropocentrista y artificial la liberación de la tierra y la liberación animal son cuestiones de vida o muerte y muy importantes, en estos libros se desarrolla profundamente. Os recomiendo muchísimo su lectura, seguro que no os decepciona, ya que la actividad del ALF y ELF es apasionante y muy intensa.

